

Mataix González, C.; Escribano Bombín, M^a. M.; Cana García, F. y Seguí Coliar, V. (2015): *Historia de la salina de Carcavallana en villamanrique de Tajo*. Madrid, Ayuntamiento de Villamanrique de Tajo y Comunidad de Madrid, 354 pp.

La sal ha sido a lo largo del tiempo un elemento básico para la supervivencia humana. En una sociedad como la preindustrial, en la que los recursos eran muy limitados, este producto ofrecía múltiples aplicaciones todas ellas de indudable valor para la vida. Junto a las especias, era el condimento esencial de una alimentación muy pobre en sabores, además de instrumento imprescindible para la conservación de muchos productos, para la alimentación del ganado y para la fabricación de algunos objetos. Por todo ello, la sal era un referente esencial en la organización del territorio, sobre todo en esa época preindustrial, cuando junto a otros criterios de regionalización más difusos, la comarca o partido abastecido por una o varias salinas, con sus almacenes, alfolíes y puntos de venta constituían incipientes unidades territoriales, con alta capacidad de estructuración espacial. Por eso, su estudio es un importante instrumento para la Geografía histórica, y no sólo para esta, también para la Historia de la minería y de los recursos o para la Historia en general. Y también por ello, los restos de su pasado, minas, salinas, alfolíes, etc. constituyen cada vez más un importante patrimonio territorial, aunque hayan perdido, hace ya tiempo, la función originaria que tuvieron en otra época

La sal se obtenía, y se sigue obteniendo aunque en diferente proporción, de minas de sal gema, sal de piedra, y de la evaporación de agua salada en piscinas artificiales construidas con ese fin, o salinas. Hoy día la mayoría de la sal que consumimos procede de estas últimas, en su mayoría situadas a orillas de mares cálidos de más fácil evaporación, con elevadas concentraciones salinas y en costas bajas, llanas y arenosas que faciliten las construcciones para la obtención de la sal. Su producción exige pues unas condiciones geográficas específicas, que priman su localización en zonas adecuadas, desde donde la sal se transporta a los puntos de consumo con facilidad. Pero antes de la revolución de los transportes y de la aparición del ferrocarril, ocurría lo contrario, primaba más las zonas de consumo que las de producción, lo que potenciaba lógicamente, cualquier lugar susceptible de producir una cierta cantidad de sal por poca que fuera y mala su calidad, con tal que estuviera próxima a una zona de consumo. Eso explica que se potenciaran las salinas interiores, siempre de inferior calidad que las costeras y que se estableciera un estricto control sobre unas y otras por partes de los poderes públicos, en cuanto la sal era un sector estratégico, como diríamos hoy día, cuyo funcionamiento no podía quedar sin regulación por parte del Estado, a diferencia paradójicamente de lo que se piensa de dichos sectores en la actualidad. La aparición del ferrocarril supuso la ruina y abandono de muchas de estas salinas y la mercantilización de su producción, a la vez que la liberalización del comercio determinó la privatización de muchas salinas y su transformación para otros usos.

Pero también las salinas interiores requieren de unas mínimas condiciones naturales para su aprovechamiento, sobre todo de una determinada constitución salina del suelo, que permita su disolución en agua y posterior obtención por evaporación. En las zonas donde ello ocurría es fácil encontrar varias salinas agrupadas, formando conjunto o distritos, regulados por ley o costumbre, con sus almacenes, guardias, rutas, mercados, etc. Una de estas zonas es el valle medio del Tajo, entorno a Aranjuez, en las proximidades de la Corte, que reúne lugares tan significativos para la historia de este producto, como la desaparecida salina de Espartinas, la todavía activa de Belinchón o, la que ahora nos ocupa, la recuperada o en curso de recuperación de Carcavallana.

En efecto, el libro que comentamos sobre la salina de Carcavallana es mucho más que un excelente estudio sobre una de las salinas más característica de esta zona en las proximidades de Madrid. Su valor e interés no se agota en el conocimiento de lo que fue esta importante salina en el pasado, sino que también tiene perspectivas de futuro, que es lo mejor que puede decirse de un estudio de este tipo. Se trata de recuperar la memoria de un lugar, sólo presente en estudios generales o, por el contrario, en reseñas locales, con la finalidad de que su conocimiento reavive el interés por el patrimonio que sus restos constituyen. En esta labor, junto a los autores, agrupados en torno a una consultora de ingeniería, están presentes tanto intereses privados, representados por los actuales propietarios de las salinas, como públicos, como son el Ayuntamiento de Villamanrique

de Tajo, en cuyo término municipal se encuentran los restos de dichas salinas, y la Comunidad de Madrid.

El resultado de esta conjunción de actores no ha podido ser más feliz, pues ha dado lugar a un estudio que resulta de necesaria consulta para todo aquel interesado en la historia de la sal y no sólo en lo relativo a las instalaciones de Carcavallana. El libro se estructura en cinco capítulos de diversa temática y orientación, solo posibles de redactar por un equipo multidisciplinar como el constituido para el presente caso. El primero, dedicado a la sal y las salinas, es una introducción al tema en el que se tratan aspectos generales sobre este producto y sus antecedentes históricos tanto en la Comunidad de Madrid como en otras zonas próximas de la Península Ibérica. En capítulo segundo introduce al lector en el tema de Carcavallana, precisando la localización y situación de estas salinas y los problemas terminológicos sobre la delimitación de topónimo. El tercero es un completo estudio gequímico sobre la sal, que resulta imprescindible para comprender la casuística de sus instalaciones y aprovechamiento.

Pero es el cuarto capítulo, dedicado a «Carcavallana en la Historia», el que constituye la parte esencial del libro y al que se dedica casi la mitad de sus páginas. Se trata de un completo estudio de lo que fueron estas salinas en los últimos doscientos años, en el marco de los principales acontecimientos históricos del periodo. Así, junto a la producción de sal, las instalaciones, los trabajadores de la explotación, sus administradores, el régimen administrativo de la salina, etc. asistimos a la reconstrucción de la

vida en la misma, sus gentes, viviendas, diversiones y problemas, las relaciones con los habitantes del próximo pueblo, lo que muchas veces recuerda más el estilo de un relato de costumbres que de un mero estudio científico. Todo ello en el contexto de los principales acontecimientos históricos que incidieron en la actividad salinera, como el fin del absolutismo, las guerras, revoluciones, cambio de régimen, el final del estanco, la privatización del negocio salinero y su evolución hasta nuestros días. No falta incluso, en el capítulo quinto, unas breves referencias a las menciones de la salina en la pluma de dos escritoras de mediados del siglo XIX, que convierten esta parte final del estudio en una amable evocación literaria.

Como en todo trabajo de rigor histórico, el libro se completa con una amplia

bibliografía y relación documental, la transcripción de los principales textos utilizados y una útil relación de pesos y medidas utilizadas en el negocio salinero y que constituye un práctico complemento para la comprensión de este trabajo y de otros muchos que se muevan en los límites de la Historia cuantitativa.

En síntesis, no podemos por menos de alegrarnos de la publicación del libro comentado, con el que las salinas de Carcavallana, en cierto modo, vuelven a la vida y anuncian, como es de esperar, la rehabilitación de sus instalaciones como patrimonio cultural y natural, lo que permita el inicio de un nuevo capítulo de su historia.

Fernando Arroyo

Universidad Autónoma de Madrid